

The illustration shows two men in white lab coats and blue ties, sitting back-to-back on black office chairs. They are facing away from each other, with their backs touching. The man on the left has a small red mark on his left forearm. The background is a plain, light-colored wall.

ham
bú

AMÉRICA

**El secreto
del doctor Givert**

Agustí Alcoberro

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2008, Agustí Alcoberro
© 2008, Editorial Casals, S.A.
Tel. 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambuamerica.com

Título original: *El secret del doctor Givert*
Traducción: Joanna Mercader

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Albert Asensio

Tercera edición: septiembre de 2013
ISBN: 978-84-8343-163-4
Depósito legal: M-25883-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S.L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

De cómo podía haber sido aquel fin de semana _____	9
Una llamada _____	12
Jaume y yo _____	17
Un caso difícil _____	21
El primer error _____	27
Un camino _____	30
Una inspección _____	33
Empezamos a pensar con la cabeza _____	37
El doctor Givert _____	44
¿Se ha acabado todo? _____	51
Una buena comida _____	56
Jaume se escabulle _____	59
Otra vez el Taunus _____	63
Una masía cerca de Cornellà _____	70
La liberación _____	75
El secreto del doctor Givert _____	81

De cómo podía haber sido aquel fin de semana

Aquel fin de semana prometía ser genial. Mis padres se habían ido y, por una vez en la vida, habían conseguido arrastrar con ellos a Xavier, mi hermano mayor –que estudiaba medicina y no se despegaba de sus libros– y a su chica. De manera que ante mí se abría la perspectiva casi inédita de unos días de absoluta libertad, sin yugos familiares de ningún tipo.

Desde que el jueves había sabido que se iban, no conseguía disimular mi alegría, que farisaicamente pretendía esconder detrás de una inusual preocupación por el próximo examen. (El martes tenía una prueba trimestral de matemáticas: esa era la coartada que, hábilmente esgrimida, me había permitido quedarme solo en casa.)

De manera que ya me tienes, más contento que en día de fiesta, cerrando la puerta mientras por el hueco de la escalera todavía resonaba un «Cuidado, sobre todo cuidado» de mi buena madre.



Según el horario que meticulosamente me había confeccionado, aquella tarde era de estudio absoluto. Tenía que tragarme tres lecciones del temario, con sus correspondientes ejercicios, como fuera, para poder dedicar todo el sábado y el domingo a la juerga; hay que vivir, que son dos días. Pero me estaba resultando imposible concentrarme. A medio binomio de Newton todo mi cuerpo ya se convulsionaba al ritmo de una canción de moda que algún rincón de mi cerebro tocaba. Entre los números minúsculos, densos y apretujados como sardinas en lata de la tabla logarítmica, ya me veía paseando con mi grupo por cualquier calle del casco antiguo. Imposible pues derivar, integrar o efectuar ningún otro cálculo matemático.

De manera que –todo sea dicho, sin mucha oposición– me resigné a cerrar el libro y escribir en un papel mis planes para el fin de semana. Viernes por la noche, estudio, me dije sin demasiada convicción. Sábado por la mañana, *footing*, como siempre. Hay que hacer músculo, ya se sabe. Y por la tarde, Manel había quedado con un grupo de chicas del instituto, que según me aseguró –y acostumbra a tener bastante buen ojo– eran muy simpáticas. Como no tendríamos excesiva prisa por volver a casa, la velada se podría alargar en algún bar. El domingo, dormir hasta tarde y hacer algo. No sé, ir al Museo de la Ciencia, que me han dicho que es muy divertido, pasear... Según el estado de ánimo. Y por la tarde, otra vez con el grupo, a pasear por el casco antiguo. El presupuesto era más bien escaso y no me podía exceder.



Me dije que ya estaba bien de proyectos, y que, fuera como fuese, lo que tenía que hacer en aquellos momentos era estudiar. De manera que, con gran pesar, fui metiéndome con una lentitud preocupante en aquel montón de papeles llenos de cifras y letras.



Una llamada

Me desperté de golpe. El teléfono sonaba estridente en el despacho y sus insistentes aullidos me atravesaban el cerebro. Mientras descalzo y en pijama me dirigía corriendo hacia el aparato, miré el reloj con ojos soñolientos: las tres. ¿Quién podía ser a esas horas? Cuando, medio dormido, descolgué el auricular, alguien me gritó:

–¡Ya era hora!

Estaba demasiado atontado como para reconocer la voz de quien me hablaba desde el otro extremo del hilo telefónico. De modo que, creyendo que se trataba de una broma de mal gusto, le dije:

–Muy gracioso. Pero, caramba, podría molestar a otro...

Entonces, mi interlocutor desconocido se apresuró a contestar:

–Pero Marc, ¿es que no me reconoces? Soy Jaume...

Jaume, mi compañero de pupitre en el instituto. ¡Él tenía



que ser! Yo estaba fuera de mí, con esa excitación airada de quien ha dormido poco, y le hice la bronca:

–Pero ¿tú estás loco o qué? ¿Es que no sabes qué hora es?

–Las tres...

–Sí, las tres, hermano. Suerte que hoy no están aquí mis padres, que si no... ¿Cómo les explico que alguien me llame a estas horas? Además, ¿qué demonios quieres? ¿Se trata de algo tan urgente que no podía esperar a mañana?

Gritaba como un histérico. Una de dos: o Jaume se retiró el auricular por lo menos tres palmos de la oreja, o seguro que lo dejé sordo. Pero él no se inmutó. Y con absoluta sangre fría, e incluso bajando la voz con un cierto tono misterioso, dijo:

–Tenemos que vernos, Marc. Ahora mismo.

–¡Tú estás mal de la cabeza! –le solté.

–No, en serio. Tengo que verte ahora mismo. Hay en juego cosas muy importantes.

–Sí, otra de tus fantasías. Como si no supiese de tu habilidad para complicar las cosas más elementales y lógicas.

–Esta vez es en serio, Marc. Si no, no me atrevería a llamarte. Tú eres la única persona en quien puedo confiar. Estoy metido en un grave problema, y tenemos que resolverlo ahora.

Hablaba con una lentitud desacostumbrada en él, como si estuviera agotado, y lo hacía además con una voz distorsionada, o así me lo pareció. Debía de haber puesto un pañuelo o un trozo de tela sobre el micrófono del aparato.

Yo estaba francamente dormido. Solté un gran bostezo, y después me di por vencido.



–Está bien. Siempre te sales con la tuya. Pero ya te ajustaré las cuentas.

–Cuando nos veamos lo comprenderás.

Y entonces, reticente, volví a la carga, aunque sin demasiada convicción:

–Pero ¿no me puedes adelantar algo?

–Imposible, Marc. Hay cosas que no se pueden decir por teléfono...

–¡Bueno, bueno! –En esos momentos yo casi chillaba–. Pues, date prisa, ven.

–Es que...

Tímidamente inició una objeción que yo corté de inmediato:

–¿Qué pasa? No me dirás que no puedes venir.

–Así es. No me puedo mover de donde estoy. Cuando nos veamos lo entenderás.

La cosa ya pasaba de castaño oscuro. Aquella situación disparatada estaba adquiriendo todo el aire de una pesadilla o de una broma pesada. Pero él siguió hablando, impertérrito, como si no se diese cuenta de lo ridículo de la conversación.

–Mira, te espero dentro de media hora. Estoy delante del campo del Barça, en la puerta central de Travessera de les Corts. Es muy fácil de encontrar, no tiene pérdida. Delante mismo hay un bar. Se llama Iceberg.

No lo dejé continuar.

–¡Ahora sí que estoy convencido de que estás loco! Es decir, que me llamas a las tres de la madrugada, me sacas de la cama dándome un susto de muerte, y no solo no me explicas el porqué de esta fantasmada sino que encima pretendes



que me vista, salga a la calle y atraviese la ciudad en media hora... Servicio a domicilio. ¡Como si no tuviera nada mejor que hacer! Mira, hermano, llama mañana y ya hablaremos; eso si no te mando a freír espárragos otra vez.

Ya iba a colgar, pero él se apresuró a hablar. Su voz era ahora suplicante.

–Marc, por favor. Si te llamo es porque en estos momentos realmente me eres imprescindible. Hay muchas cosas en juego, quizá incluso vidas humanas. Créeme, por favor. Ahora no te puedo explicar nada más, pero te necesito urgentemente. Cuando llegues lo entenderás en seguida.

Cuando Jaume habla con ese tono, anula por completo mi capacidad de indignación, e incluso mi voluntad. Otra vez me di por vencido.

–De acuerdo, de acuerdo. Siempre ganas. Sabes que soy un imbécil y abusas de ello. Pero ten en cuenta que, a estas horas, desde aquí al campo del Barça tengo por lo menos hora y cuarto.

Era verdad. El metro no funcionaba. Tendría que tomar un autobús que me llevase al centro, y allí buscar otro que me dejase cerca del campo. Y ya se sabe: los autobuses nocturnos pasan a intervalos larguísimos.

Pero él me presionó:

–No puede ser. Te necesito ahora mismo.

Su insistencia me estaba haciendo perder los últimos milímetros de paciencia que me mantenían pegado al teléfono.

–Mira. Son las tres de la madrugada, ¿sabes? A esta hora, el metro no funciona. Y yo no tengo una alfombra mágica con la que pueda ir volando.



Se lo dije casi silabeando las palabras, pero él ni se inmutó.

–La motocicleta... La motocicleta de tu hermano. Tú sabes conducirla y, con ella, en media hora puedes estar aquí, ¿no?

–Pero no tengo papeles, ¿sabes? No tengo carnet ni nada parecido. Si me agarran, tendrás que ir a buscarme a la comisaría.

–Hazlo por mí, hombre. Te aseguro que cuando llegues lo entenderás todo.

Se calló. Por unos momentos reinó el silencio. Yo tenía que reflexionar: ¿qué debía hacer? ¿Colgar el teléfono y dejar tirado a aquel bobo en una calle medio perdida en la otra punta de la ciudad, o, como siempre, hacer el ridículo a causa de cualquier locura que se le hubiera ocurrido a su prodigiosa imaginación? La tentación de la cama era demasiado fuerte. Pero, por otra parte, ya estaba desvelado, y me costaría volver a dormirme. Quizá luego me arrepintiera de no haberlo ayudado. Jaume había hablado de problemas graves, de vidas humanas...

Su monótona voz cortó mis reflexiones desde el otro extremo del hilo telefónico.

–Me ayudarás, ¿verdad?

–De acuerdo. Pero todavía me tengo que vestir, y además no voy en una Kawasaki, sino en una Derbi de baratillo. Puede que tarde tres cuartos de hora.

–Gracias, colega. Te aseguro que no te arrepentirás.

Y habría jurado que Jaume esbozó una sonrisa satisfecha.

